

Brujería y demonios en la Cartagena colonial de *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez¹

Patricia González Gómez-Cásseres / Smith College

Resumen

Este artículo aborda la novela de Gabriel García Márquez, *Del amor y otros demonios* desde una perspectiva histórica de la Cartagena colonial. El acercamiento es interdisciplinario, y los datos históricos alternan con el desarrollo de la novela y sus personajes. La perspectiva tomada es la de que la niña ha sido víctima de la Inquisición porque ha sido contaminada. Se ha endemoniado por tener contacto con el mundo de los esclavos. Lo negro se identifica con el demonio, y aunque ella no sea negra, se le juzga como si lo fuera.

Palabras clave: Cartagena colonial, *Del amor y otros demonios*, brujería, negritud

Abstract

This article addresses Gabriel García Márquez's novel *Of Love and Other Demons* from a historical perspective focused on colonial Cartagena. The approach is interdisciplinary, and the historical data alternate with the development of the novel and its characters. The perspective is that of the girl who is a victim of the Inquisition because she is contaminated. Blackness is identified with the devil and, although she is not black, she is judged as though she were.

Keywords: Colonial Cartagena, *Of Love and Other Demons*, witchcraft, blackness

La novela corta de García Márquez *Del amor y otros demonios* publicada en 1994 se desarrolla en Cartagena de Indias durante la colonia. Este trabajo presenta un acercamiento multidisciplinario a la novela, señalando cómo en el desarrollo de ésta, hay un contexto histórico que pone en evidencia las prácticas culturales que se recrean en ella. El trabajo presenta la sociedad existente durante la época de la novela y su repercusión en la sociedad cartagenera contemporánea.

La novela es un texto que exorciza a la ciudad para hacer recordar que hay una importante herencia negra negada y sobre todo, poco o nada valorizada. Sucede probablemente en la mitad del siglo 18 teniendo en cuenta que el autor menciona, en la introducción de la novela, que el pelo de la protagonista, Sierva María de Todos los Santos, había crecido 22 metros con once centímetros en 200 años. Calcularíamos que sería por 1749 por lo que la cripta de la niña fue abierta el 26 de octubre de 1949 durante una de las tantas remodelaciones del antiguo Convento de Santa Clara. La novela describe la Cartagena esclavista, dominada por la iglesia y habitada por una población criolla amedrentada por la Inquisición. Una ciudad que fue durante casi dos siglos puerta de entrada de clérigos y monjas llegados a diseminar el evangelio al Nuevo Mundo y un lugar lleno de conventos y monasterios que apoyaban la esclavitud y que utilizaba la Inquisición como instrumento de persecución. Ya para 1789 la trata de esclavos por Cartagena estaba llegando a su fin, y así la novela se sitúa en los últimos cuarenta años de mayor intensidad esclavista en la ciudad.

1. Apuntes históricos

Como consecuencia del decreto real de prohibir la esclavitud de los nativos del continente en 1542, las tierras americanas desarrollaron una insaciable hambre de mano de obra que fue prontamente satisfecha por los portugueses que entonces dominaban el comercio de los africanos. Las licencias reales para importar esclavos eran contadas y escasas, mientras que la necesidad de trabajadores creció a una velocidad acelerada. Desde finales del XVI hasta mediados del XVII Cartagena fue el mayor puerto de entrada de esclavos africanos legales, muchos de los cuales iban de paso para la Nueva Granada y Perú (Vidal Ortega 10).

Los ingleses muy pronto reconocieron el gran negocio y se unieron a la trata después del éxito de John Hawkins al empezar el comercio triangular ("Triangular Trade") en

1562 desde las islas inglesas al África llevando mercancía como pólvora, armas, cuentas de vidrio y textiles, cargando allá las piezas de ébano y marfil que transportaban a América y regresando a Inglaterra con pieles, tasajo, azúcar y los botines resultantes de la piratería. Estos esclavos que traían ingleses y franceses, se vendían de contrabando en las costas hispanoamericanas donde los locales necesitaban mano de obra para el desarrollo de la colonia. Pero Cartagena creció como gran puerto de comercio negrero y celoso foco evangélico para combatir la contaminación que se traía del África.

El puerto estuvo vinculado al comercio de todo tipo de mercancía, pero especialmente de esclavos africanos y metales preciosos. El oro y la plata extraídos en Nueva Granada y Perú salían por Cartagena vía La Habana hacia la corona española, motivo por el cual el puerto se convirtió en preciado botín de piratas y corsarios. Fue atacado y destruido varias veces entre esas por Hawkins en 1568 y por Drake en 1586. España invirtió en la protección del puerto y pagó por su liberación en varias ocasiones. Los 11 kilómetros de murallas terminados en 1811 son sólo una muestra del énfasis español en la defensa de la ciudad y en la protección celosa de los tesoros que por allí entraban y salían.

2. La Cartagena colonial

Desde su fundación en 1533 por Pedro de Heredia y localizada a la entrada del continente, Cartagena de Indias se convirtió en la principal puerta de europeos al Nuevo Mundo incluyendo la corte de clérigos que venían a “conquistar las almas”, y los africanos arrastrados a cumplir las funciones más fuertes de la construcción de un imperio del otro lado del mar, como fue la edificación de defensas, castillos y murallas, la extracción en minas de los metales codiciados, el cultivo de la comida, el servicio de los blancos y la producción de azúcar. “El esclavo fue medio de producción y bien de comercio. Por eso llegó a valer tanto o más que las tierras que trabajaba o que los aperos de minería con que labraba las vetas auríferas” (50B), señala Fals Borda.

El elevado número de edificios religiosos de diferentes denominaciones de la ciudad albergaba los clérigos recién llegados mientras se reponían para continuar el viaje tierra adentro a climas menos malsanos. Los barcos de la trata, hasta doce en el año, aumentaban la población de mercaderes y traficantes que llegaban a Cartagena a comprar y reponer la mano de obra que se necesitaba allende. Por la presencia de africanos en el puerto, pronto se formó una alta población de color que muchas veces sobrepasaba la población blanca. La mayoría de los libertos y gran número de esclavos desarrollaban todas las funciones cotidianas para mantener una ciudad andando. La llegada de la flota dos veces al año creaba una población fluida que muchas veces doblaba la población real y el adormilado y caluroso puerto del Caribe se convertía en bullicio y fiestas con una población en tránsito de cortesanos, gobernantes con sus

séquitos, aventureros, monjes y marineros que se volcaban sobre la ciudad.

Además de todo ese conglomerado de gente dentro de la ciudad, muy pronto surgió otro grupo, los negros cimarrones² que establecieron palenques³ en los alrededores. La presencia de los palenques en la provincia de Cartagena permeó la ciudad de miedo, sobre todo entre la población blanca que seguía siendo minoría. “Entre 1599 y 1788 se establecieron por lo menos 33 pueblos de negros de los cuales 21 eran palenques” (Fals Borda 52B).

La adquisición de esclavos era relativamente fácil siempre y cuando existiera el capital ya que cada hogar español tenía derecho a cierto número de esclavos. La ausencia de una economía de plantación aseguró que la mayoría de los esclavos de la ciudad fueran esclavos de casa, o trabajaran para las comunidades religiosas de la ciudad o estuvieran vinculados al gobierno construyendo murallas y castillos para la defensa, o calles para la expansión. La cercanía y convivencia con el mundo europeo forzó a que la mayoría de ellos aprendiera castellano rápidamente y se cristianizara, pero el resultado de este aparente aculturamiento estaba acompañado del latente cimarronaje⁴.

Para la sociedad cartagenera el número de esclavos en la casa llegó a ser una manifestación de riqueza y era común ver a las señoras pasearse por la ciudad, o llegar a la iglesia, rodeada de una corte de esclavas (sus damas de compañía) vestidas a la usanza española de la época. La mayoría de las casas tenía más esclavos de los que necesitaban para manejar el hogar y muchos eran enviados a la ciudad durante el día a trabajar para otros, vender lo que producían o cocinaban, y al final del día regresar con el pago de sus ventas o trabajo que entregaban a los amos. Esta práctica les dio cierta libertad de comunicación con otros esclavos y libertos y a su vez les dio la oportunidad de manumisión comprando su libertad. Muy pronto la ciudad contó con un número considerable de libertos que trabajaban como sastres, dulceros, panaderos, zapateros y otros oficios. Existían también los cimarrones urbanos o esclavos fugados de sus amos, que se escondían entre el número de libertos, o esclavos alquilados a otros, que abundaban en el mercadeo cotidiano y ambulante de la ciudad. La red de libertos y aquellos esclavos que recibían ciertos privilegios de sus amos, se organizó para comprar la libertad de importante miembros de sus comunidades en África que fueron vendidos o caían presos de la trata. Esa misma red dentro de la ciudad se comunicaba con las comunidades cimarronas y les proporcionaba lo que no podían producir en ellas como pólvora y armas para su defensa. Está documentado (Fal Borda 67A) que algunos esclavos de la iglesia, junto con sacerdotes, mantenían comunicación con los palenques importantes como el de Matuna, construido por el cimarrón de Guinea, Benkos Bioho en 1600, siendo el primer palenque libre (Fals Borda 53A). Muchos bozales, o sea nacidos en África, cimarrones o no, siguieron sus costumbres y creencias ancestrales, hecho que se hizo cada vez más difícil con la presencia y

persecución del Santo Oficio. Los palenques llegaron a ser tal problema para el gobernador de Cartagena en el siglo XVII que por fin accedió a darles libertad y tierra siempre y cuando no aceptaran nuevos cimarrones en sus comunidades (Fals Borda 55A). Estas concesiones no siempre fueron cumplidas y los palenques continuaron siendo atacados por los esclavistas hasta casi exterminarlos. Como podemos ver, la presencia negra de Cartagena era (y sigue siendo) muy compleja y los cimarrones siempre fueron parte de la construcción social de la ciudad lo que contribuye a que Cartagena sea hoy en día, una ciudad cultural y socialmente mulata.

3. Del amor y otros demonios

En la novela de García Márquez se describen varios escenarios posibles, los cuales, aunque ficticios, pudieran haber ocurrido en la Cartagena colonial. Los personajes llevados al extremo típico del macondismo del Nobel (Von der Walde “Realismo mágico”), empujan realidades posibles al campo de lo inverosímil. Un marqués criollo de pocas luces, Don Ygnacio de Alfaro y Dueñas, segundo marqués de Casaldueño y señor del Darién, y una mestiza más joven, Bernarda Cabrera, embaucadora en búsqueda de mejorar la raza y el estatus social, llegan al matrimonio porque el embarazo prenupcial requiere remendar el honor del padre indio. El producto es la hija escuálida y pálida que nadie quiere. Éstos, junto con un número indefinido de esclavos conforman la imagen de la familia criolla. La segunda familia paralela a ésta, es la de la iglesia, integrada por el obispo Don Toribio de Cáceres y Virtudes, el clérigo encargado del exorcismo, Cayetano Alsino del Espíritu Santo Delaura y Escudero, la abadesa Josefá Miranda de Burgos y las 82 monjas españolas y 36 criollas del convento de Santa Clara. El eje central alrededor del cual giran los hechos, es la hija del marqués de doce años a quien muerde un perro rabioso el 7 de diciembre, día de su cumpleaños. La niña muere casi seis meses después, el 29 de mayo del año siguiente, a manos de la Inquisición por la sospecha de que ha sido poseída por el demonio. La rabia es, según el obispo, es una de las muchas trampas que usa el demonio para apoderarse de almas inocentes.

En la novela, ya que ambos padres se separan de la niña, Sierva María ha encontrado en los esclavos de la casa su propia familia (la tercera familia del libro, los “otros”). Habita en la parte trasera conviviendo con ellos en sus mundos, separada de la casa grande. Participa de la cotidianidad en la cocina, aprende a hablar tres lenguas africanas, y usa 16 collares de las deidades yoruba. No ha sido adoctrinada en el catolicismo formalmente ni sabe leer ni escribir, pero puede cantar y bailar tanto o mejor que las africanas. Por todas estas características Sierva María representa la víctima ideal para la concepción del demonio. Es la única totalmente feliz y libre en la casa sin las restricciones culturales ni religiosas, pero a su vez es percibida desde la normativa de la sociedad como un ser contaminado. Ella, pensando en la

celebración, se aventura al mercado de los esclavos para comprar cascabeles, acompañada de una esclava mulata, y es allí donde el perro rabioso le muerde el tobillo, es allí donde se consuma la contaminación. Al regreso a casa no se les menciona el hecho a los padres, quienes solo recuerdan el cumpleaños de la niña cuando escuchan la celebración en la parte de atrás de la casa. El marqués se entera de que el mal de la rabia, intérpretese como representante del demonio, ha entrado a su casa cuando la curandera indígena Sagunta le anuncia que “estamos amenazados por una peste de mal de rabia” (García Márquez 23) y comienza la saga en búsqueda de cura para la rabia aunque la niña no haya manifestado ningún síntoma de ella.

Los esclavos de la casa ya habían empezado a curar el rasguño del tobillo con hierbas y medicinas caseras incluyendo azufre con limón, masticar emplastos de *manajú*, y encerrarla desnuda en el cuarto de las cebollas, cuando el padre acude a un médico portugués, Abrenuncio de Sa Pereira Cao, una figura ya de por sí controversial en la ciudad. Abrenuncio representa todo un sector de judíos portugueses que llegaron al Nuevo Mundo huyendo del Santo Oficio cuando el imperio español anexó a Portugal en 1580. Cartagena fue un lugar deseado por muchos portugueses que ya participaban de la trata y vieron en la ciudad una oportunidad de continuar con sus negocios y evitar la persecución. Está documentado que una vez establecidos en Cartagena, se casaron con criollas locales y crearon fortunas integrándose al mundo mercantil y social de la ciudad (Vidal Ortega 9). Abrenuncio es vigilado por la Iglesia por sus prácticas poco ortodoxas de la medicina, por tener muchos libros prohibidos en su biblioteca, y según dicen las lenguas, por resucitar a un muerto. El diagnóstico del médico pide esperar a ver si los síntomas se manifiestan, y mientras sugiere: “tóquenle música, llenen la casa de flores, háganle cantar los pájaros, llévenla a ver los atardeceres en el mar, denle todo lo que pueda hacerla feliz” (García Márquez 46). Explica que en su experiencia los casos más graves se han dado cuando las heridas son más profundas y están localizadas cerca del cerebro. Abrenuncio es el personaje más lúcido y progresista de la novela, tal vez por ser en sí un marginado y blanco de la Inquisición. Su comentario sobre la iglesia y los negros es revelador cuando le dice al marqués que no encuentra muchas diferencias entre las prácticas de los negros y la Inquisición, encontrando esta última peor: “porque los negros no pasan de sacrificar gallos a sus dioses, mientras el Santo Oficio se complace descuartizando inocentes en el potro o asándolos vivos en espectáculos públicos” (98).

Por el contrario, la reacción oficial del obispo dirigida al marqués es: “Digan lo que digan los médicos, la rabia en los humanos suele ser una de las tantas artimañas del Enemigo” y concluye “Por fortuna, aunque el cuerpo de tu niña sea irrecuperable, Dios nos ha dado los medios de salvar su alma” (79). La obediencia y capitulación del marqués ante la iglesia hace que él conduzca a su hija al verdadero infierno. Primero ella es olvidada en el jardín del

convento donde las esclavas la encuentran y la llevan a la cocina. Allí se reconoce y se comporta como si estuviera en casa. Canta y habla africano hasta que la madre superiora la escucha durante la siesta e inmediatamente la identifica con el demonio. La saluda con un crucifijo y estas palabras: “*Vade retro*: Engendro de Satanás. Te has hecho invisible para confundirnos. No la toque. Que nadie la toque” (92). No nos sorprenda entonces que Sierva María se vuelva una fiera, patee, grite y muerda mientras la arrastran a la celda de encierre.

4. La presencia de la Iglesia Católica en Cartagena

La conexión entre la Iglesia y el mundo de la esclavitud es íntima y comprometida. La mayoría de las instituciones religiosas compraban, cambiaban y/o heredaban esclavos, muchas veces como parte de las donaciones de monjes y novicias que entraban a la orden. Los claustros dependían de los esclavos para las tareas pesadas y cotidianas. Algunas novicias llegaban con sus esclavas que las atendían dentro del convento. A semejanza de las empresas seculares, la iglesia poseía tierras y haciendas fuera de los centros urbanos que eran trabajadas por esclavos. El poder y riqueza de la iglesia creció con la colonia. Cuando los jesuitas fueron expulsados del Nuevo Mundo en 1767, la orden era dueña de una de las mayores sumas de esclavos en las Américas, junto con muchas haciendas y plantaciones de azúcar a través de todo el territorio (Olsen 14).

Los jesuitas llegaron tarde a la conquista, 1572, pero su pragmatismo hizo que muy pronto se sumergieran en las culturas americanas, aprendieran rápidamente sus idiomas y documentaran sus costumbres y lo que veían, adelantándose a la etnografía. Llegaron a Cartagena en 1604 cuando seis miembros del Colegio de Lima desembarcaron para fundar el Colegio de Cartagena a petición de los criollos del lugar. Un año más tarde Alfonso de Sandoval fue enviado desde Lima para reforzar el incipiente colegio, iglesia y monasterio. Sandoval nos interesa porque junto con su discípulo San Pedro Claver, se dedicaron a la catequización de los esclavos llegados en los barcos de la trata. Eran de los primeros en recibirlos para bautizarlos y asegurarles a sus almas el cielo. Sandoval documentó la llegada de los barcos negreros al puerto y sus cargamentos durante casi veinte años. Completó la primera versión de su obra en 1623. Su mayor preocupación era la salvación para la eternidad y las cruces y naranjas con las que recibía a los esclavos eran apenas un paliativo para aquellos seres aterrorizados. Sandoval nunca condenó la trata, pero sí defendió la salvación de su espíritu, lo que era tema debatible en la época. Algunos teólogos pensaban que los negros no tenían alma y estaban más cerca de los simios que de los occidentales.

Por otro lado, los conventos eran “el modo” de educar a las niñas criollas en el nuevo mundo. Muchas permanecían en el claustro de por vida llegando a ser monjas y otras salían para casarse. La idea era proteger estas niñas de cualquier contaminación y mantenerlas virtuosas, religiosas y dóciles

hasta que se casaran con españoles o con Cristo. Muchas niñas de alta alcurnia entraban al convento a la edad de 5 años acompañadas de parientas mayores, sirvientas y esclavas. Nuestra protagonista, Sierva María de Todos los Santos representa un modelo completamente opuesto al prescrito para una marquesita de la sociedad colonial. La decadencia e incapacidad de sus padres ha hecho que la niña fuera rechazada por ambos y encargada a Dominga de Adviento la esclava que manejaba la casa. Se “mal-crió” en el recinto de los esclavos. Aprendió de sus vidas, sus gustos, sus cantos, su comida, sus lenguas y sus miedos. El contacto que tuvo con el “otro” mundo ha contagiado a la chica y según la iglesia, la hace susceptible al demonio. Aunque la niña sea blanca, su dominio e interacción con el mundo del otro la hace negra, y sobre todo, peligrosa.

El convento de Santa Clara escogido por el obispo para alojar a la chica endemoniada no es una casualidad. Estos conventos pertenecen a la orden franciscana y muchos existían en el nuevo mundo al servicio de las niñas y jóvenes de la sociedad criolla y española. Famosos fueron los de Puebla, Lima y Cartagena que llegaron a enriquecerse a través de donaciones, herencias y dotes para entrar a ellos. Las monjas clarisas, llegaron a ser poderosas y adineradas con tierras, esclavos y conexiones con la corona en España. Muchos de los conventos en el continente americano eran pequeñas ciudadelas y comunidades regidas por y para mujeres, y no eran tan sufridos y piadosos como existían en la península. El de Cartagena fue fundado en 1617 y la marquesita de la novela debía haber entrado al convento para recibir su educación religiosa, pero como llegó ya contaminada, había que limpiarle el alma. Solo la Inquisición podía erradicar el mal y rescatarla para la eternidad.

La insistencia de la iglesia en la salvación de las almas se replicó a través de todo el territorio y llegó a ser obsesivo para la Inquisición. La hoguera que quemaba los cuerpos se justificaba si el arrepentimiento previo enlistaba el alma en el campo salvador. La Inquisición se instaló en Cartagena en 1610⁵ para proteger la vida cristiana y evitar la entrada de moros y judíos a las Américas, pero muy pronto se vio envuelta en la persecución de idolatría y brujería contra los habitantes negros, especialmente por la incompreensión de sus culturas donde los ancestros y la naturaleza eran parte esencial de su cosmología. Durante el periodo colonial los negros fueron procesados por tener prácticas religiosas y culturales diferentes que se atribuían al demonio, como el uso de hierbas o celebraciones al aire libre. Se reconstruye el diablo como un ser negro y la raza negra llega a identificarse con la posesión demoníaca. Examinando las actas de la Inquisición encontramos juicios contra esclavos por posesión acusándolos de brujería, posesión y acciones diabólicas como, por ejemplo, bailar en el monte y copular con el diablo, tener reuniones a altas horas de la noche y hacer sacrificios que supuestamente incluían niños y animales. Un buen ejemplo de lo anterior es un documento que describe los juicios realizados en Cartagena en 1620 contra cinco bozales que trabajaban en las minas de Zaragoza (White 1). Hablaban

muy poco castellano y a pesar de ello, las descripciones del diablo en sus confesiones (que firmaron con una “x” para no ser quemados) tienen un parecido sorprendente a la figura del diablo en el imaginario europeo: cachos, cola y negro. Nos preguntamos hoy en día que tanto entendieron el juicio y las acusaciones y sobre todo que tanta tortura sufrieron para confesar lo que no comprendían.

Los conventos tampoco escaparon la persecución religiosa como muestra el artículo de Rachel Sarah O’Toole titulado “Peligro en el convento: Demonios coloniales, indias idolatras y negras embrujadas en Santa Clara. (Trujillo del Perú)”. En esta investigación en el Convento de Santa Clara en Perú se describe un juicio de la Inquisición en 1674 por posesión demoníaca a monjas que fueron investigadas por tener contacto con indígenas y esclavos, quienes “trajeron” al demonio al convento, como si fuera una enfermedad. Las Actas de Fe de la Inquisición de 1674, “se decía que las monjas de Santa Clara estaban embrujadas por malos espíritus o tal vez poseídas por el demonio. Como respuesta los franciscanos realizaron exorcismos para expulsar lo demoníaco de la única institución religiosa femenina de la ciudad.” O’Toole explica cómo las monjas identificaron a personas no europeas (indígenas y negros) como los responsables de su embrujo; se corrobora una vez más la identificación del Otro y por lo tanto del mal, como lo negro, mulato o indígena, las razas contaminadas.

La protagonista de *El amor y otros demonios* no es negra, pero como si lo fuera, y por lo tanto sufre la misma suerte. La recomendación del “medico más notable y controvertido de la ciudad” (García Márquez 27) se ignora cuando unos días más tarde se le interna por estar poseída. La pequeña herida ha pasado por manos de varios “médicos” y florece irritada y sangrienta. El choque del mundo infantil de Sierva María en el patio con los esclavos se ve violentado por la intolerancia y clausura del convento. Sierva María grita

como si estuviera endemoniada cumpliendo la profecía del obispo de Cartagena.

Si la familia del marqués criollo queda caricaturizada como enclenque e inepta en la novela de García Márquez, la familia eclesiástica recibe todo el golpe de la censura y la familia de los “otros” surge como víctima incomprendida. La iglesia protectora de los débiles se ensaña en la intolerancia y para Sierva María que entra al convento para que la salven resulta en una condena de muerte. Para darle el último toque al retrato, el joven cura Delaura de 36 años, el que debe extraerle el mal a la chica de doce, se enamora de ella y la seduce. García Márquez hace que sea el amor (aunque pecaminoso) el que logre aclarar la vista de la iglesia y atravesase los prejuicios inquisitorios. El estricto inquisidor Delaura al enamorarse logra por fin entender que la niña no está endemoniada sino que “lo que nos parece demoníaco son las costumbres de los negros que la niña ha aprendido por el abandono en que la tuvieron sus padres” (124). Queda claro entonces que dentro de los sacrosantos recintos de la iglesia habitaba el mal tanto o más que en los montes de los palenques. Sierva María es una víctima de la incompreensión y el abandono, el mismo pecado que cometió la iglesia al desproteger a los esclavos que llegaban en los barcos, preocupándose solamente por la salvación de su espíritu.

La novela señala la corrupción y los demonios de la iglesia y de una sociedad que se rige por el catolicismo español impuesto por la conquista, a la vez que nos recuerda una historia y una herencia no siempre reconocida. La marquesita aunque no es una buena representación de una Cartagena mulata, se atreve a vivir un mundo africano en una sociedad española. Ella es más cimarrona que mulata, y a pesar de que su innata e inocente transgresión la hace víctima, su muerte es una proclama a voz en cuello de la injusticia social creada por la recalcitrante sociedad cartagenera.

Notas

- 1 Una versión de este trabajo fue leído durante el Congreso de Colombianistas en Medellín, Colombia, 1-3 de julio de 2015.
- 2 Así se llamaban los esclavos escapados de sus amos y huidos al monte.
- 3 Palenques fueron llamados los lugares donde vivían los cimarrones por usar empalizadas para su defensa.
- 4 El concepto de cimarronaje implica la rebeldía ante la esclavitud forzada
- 5 Felipe II aprobó en 1610 la fundación del Tribunal de Cartagena con jurisdicción en el Nuevo Reino de Granada, todas las islas de Barlovento y las provincias que dependían de la Audiencia de Santo Domingo.

Obras citadas

- Fals Borda, Orlando. *Mompox y Loba*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1980.
- García Márquez, Gabriel. *Del amor y otros demonios*. Santa Fe de Bogotá: Editorial Norma, 1994.
- Olsen, Margaret. *Slavery and Salvation in Cartagena de Indias*. Gainesville, Florida: University Press of Florida, 2004.
- O'Toole, Rachel Sarah. "Danger in the Convent: Colonial Demons, Idolatrous Indians, Bewitching Negras in Santa Clara (Trujillo del Peru)". *Journal of Colonialism and Colonial History* 7.1 (2006).
- Sandoval, Alonso de. *De instaurada Aethiopum salute: Naturaleza, policia sagrada i profana, costumbres i ritos, disciplina i catecismo evangélico de los etiopes*. Sevilla: Francisco de Lyra, 1627.
- Vidal Ortega, Antonio. "La desmemoria impuesta a los hombres que trajeron. Cartagena de Indias en el siglo XVI y XVII. Un depósito de esclavos". *Cuadernos de Historia* 37, Universidad de Chile, diciembre 2012.
- Von Der Walde, Erna. "De García Márquez y otros demonios." *Nueva Sociedad* 150, julio agosto (1995): 33-39.
- . "Realismo mágico y poscolonialismo: construcciones del otro desde la otredad." *Teorías sin disciplina: latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, eds. México; San Francisco, CA: Miguel Ángel Porrúa; University of San Francisco, 1998.
- White, Heather Rachelle. "Between the Devil and the Inquisition." *The North Star: A Journal of African American Religious History*, Vol. 8.2 (Spring 2005).